

La carrera del Desarme

RAFAEL L. BARDAJI,

Director del Grupo de Estudios Estratégicos (GEES)

CUANDO desde el comienzo de los años 60 los EE.UU. y la Unión Soviética abandonaron la lógica y el discurso de la guerra fría para dar paso a una etapa de negociación y acuerdo, la política de control de armamentos se desarrolló con unos objetivos limitados y sencillos, pero muy claros: contribuir a evitar la guerra o a reducir sus daños en el caso de que un conflicto estallase. Esto es, la política de control de armamentos era un medio con el que mejorar la seguridad nacional de las partes envueltas, y la de sus aliados, y ello gracias a la limitación cuantitativa de las fuerzas en presencia, a la eliminación de aquellos sistemas de armas considerados "desestabilizadores", al encauzamiento de la modernización, y al incremento de la comunicación y de las medidas generadoras de confianza mutua.

La década de los 60 y la mitad de los años 70 fueron los momentos dorados de la distensión entre los grandes y, con ellos, del mundo, y las negociaciones para la reducción o limitación de armamento gozó de una gran difusión y favor entre oficiales y expertos, académicos, y también del público interesado. Acuerdos y tratados como el de la desnuclearización de los fondos marinos, de no proliferación nuclear, SALT I e, incluso, el fallido SALT II, suelen presentarse como modélicos ejemplos e hitos históricos del entendimiento internacional. El final de los años 70 trajo, por contra, la desagradable sorpresa del continuado esfuerzo militar soviético junto con la avidez expansionista del régimen de Moscú que de África pasaba a Centroamérica y que golpeaba directamente en Afganistán. El entonces candidato Ronald Reagan y su círculo de asesores rechazaron la política de control de armas conducido por Washington, culpándola de haber permitido y legalizado el desequilibrio estraté-

gico en favor de la URSS. Se criticaba que el control de armamentos se había convertido en una línea independiente y autónoma de la política de seguridad y que más que un medio de ésta, era ya un fin en sí misma. El rearme estadounidense era una condición *sine qua non* para reestablecer el equilibrio entre los grandes. Lo que significaba la crisis —o el fin— de la limitación de armamentos.

El hecho así fue hasta diciembre de 1987, cuando se firmó el Tratado de Washington de eliminación de las fuerzas nucleares de alcance intermedio (INF). Los políticos de las democracias promueven las naciones y los pueblos tienen la memoria corta y así, este acuerdo entre los EE.UU. y la URSS ha barrido con la sensación de fracaso predominante durante todos los 80 respecto a la limitación de armamento. O, mejor, de hecho ha enterrado dicha política sentando las bases de una mucho más popular carrera hacia el desarme.

La historia del desarme ha sido siempre la historia de un fracaso, pocas veces se ha conseguido que las naciones reduzcan su potencial bélico y cuando se ha logrado, no se ha conseguido evitar la guerra. Sin embargo, actualmente, el desarme goza de un momento extraordinario (en el sentido de fuera de lo normal). Diversos factores contribuyen a ello. Ciertamente, las crecientes dificultades económicas en la URSS y una presión financiera en el resto de los países que apunta a una disminución de los presupuestos de defensa. Y, dada la inflación militar y el disparado coste de los modernos sistemas, con igual o menos dinero se adquiere bastante menos. Igualmente, la imagen de sí mismo proyectada por Mijail Gorbachov, los nuevos aires en Moscú, no son ajenos a esta tendencia. Como tampoco lo son las presiones de los ciudadanos y electores occidentales

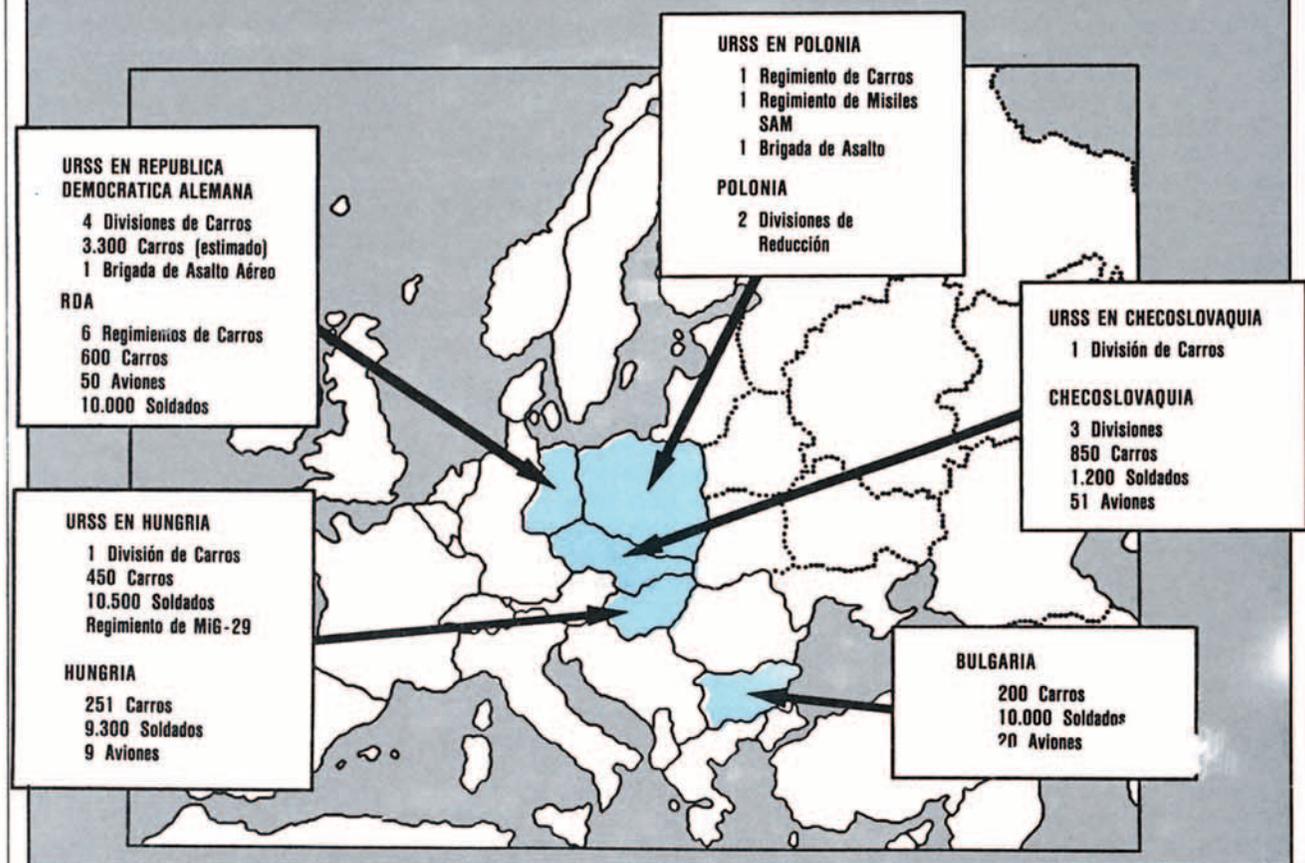
que, en tiempo de crisis, son cada día más escépticos y críticos de los gastos de defensa, sobre todo en medio del ambiente existente de difuminación o desaparición del enemigo.

Queriendo un acuerdo con los soviéticos con los que terminar airoso su mandato, el anterior presidente de los EE.UU., Ronald Reagan, relegó la política tradicional de limitación y control, que no exige reducción numérica *per se*, en favor de la reducción y, por lo tanto, del desarme. Gorbachov ha sabido aprovecharse de ello, lanzando propuesta tras propuesta con las que golpear a las opiniones públicas occidentales, a la vez que incomodar a sus líderes. Los EE.UU. y la OTAN han tardado en responder, cautos y confundidos, pero a tenor de las ofertas hechas públicas con motivo de la pasada cumbre atlántica de finales de mayo de este año, da la impresión de que la Alianza ha decidido subirse a su vez a este carro de las propuestas de desarme con la esperanza de avanzar, así, en el desmantelamiento de la confrontación militar en Europa.

VIENTO DEL ESTE

El proceso actual está, sin lugar a dudas, liderado y dirigido por el Kremlin, tanto si nos gusta como si no. A pesar de haber sido la URSS el mayor obstáculo para la consecución de acuerdos en cualquiera de los campos de negociación (armas estratégicas, químicas, espaciales, intermedias, convencionales), llegando a cortar todo diálogo tras el despliegue de los euromisiles de la OTAN, Gorbachov dará un giro espectacular y un año después de su ascenso al poder en Moscú, en marzo de 1986, ya habrá lanzado la idea de negociar las fuerzas convencionales en la Europa del Atlántico a los Urales, robando así una idea a los franceses. A final del mismo año, con motivo de la cumbre en Reikiavik con Ronald Reagan, Mijail Gorbachov se manifestará dispuesto a eliminar las INF y a avanzar hacia profundos recortes en los misiles intercontinentales. En junio, el Pacto de Varsovia había lanzado el "llamamiento de Budapest", en el que se pedían recortes de medio millón de soldados por cada alianza.

RETIRADAS ANUNCIADAS POR EL PACTO DE VARSOVIA



Cierto que la OTAN intentaba responder, pero ni la declaración de Halifax, ni el comunicado de diciembre de 1986, tras la reunión ministerial, eran suficientes para calmar el agobio de las propuestas soviéticas que continuaban sin cesar. En diciembre de 1988, finalmente, Gorbachov sorprendería en las Naciones Unidas anunciando recortes unilaterales de su presupuesto de defensa (en un 14,2%) y reducciones en sus tropas: medio millón de soldados, 8.500 piezas de artillería, 10.000 carros de combate y 800 cazas de combate. En enero de este año, mandatarios de la RDA, Checoslovaquia, Bulgaria, Polonia y Hungría, anunciarían a su vez, reducciones en sus esfuerzos militares nacionales, prometiendo desmovilizaciones y menos gastos. En mayo, el líder soviético sorprendería al secretario de estado norteamericano, en su visita a Moscú, al confiarle su disposición a llegar a la paridad numérica en carros, artillería y vehículos blindados, así

como a reducir la aviación en mayor cantidad que la hecha pública, si la Alianza Atlántica hacía lo mismo.

Ese mismo mes, la URSS comenzaría a retirar algunas de sus unidades de la RDA, a la vez que algunos de los países del Pacto de Varsovia iniciaban también las reducciones prometidas.

VIENTO DEL OESTE

En pocos meses, la opinión pública occidental y la mayoría de sus líderes han pasado de un profundo escepticismo ante las palabras de Gorbachov a una no contenida admiración y a una esperanzada creencia en que la confrontación militar en Europa puede desmontarse. En realidad, las divergencias entre los aliados atlánticos sobre cómo tratar con Moscú, han sido uno de los factores paralizantes de la OTAN frente a las propuestas de Gorbachov. Una inacción que se ha revelado fatal ante los electores y ciudadanos de Europa occidental y de

EE.UU. A pesar de que desde mediados de 1986 el Consejo Atlántico llamaba por "nuevos y atrevidos pasos" en el terreno del desarme, ni durante ese año ni en el siguiente tales pasos llegaron a explicitarse, ofreciendo, por contra, una imagen de pasividad, rigidez y esclerosis tan dañina como criticable.

Finalmente, en marzo de 1988, los Jefes de Estado y de Gobierno de la Alianza, reunidos en Bruselas, delinearían lo que ellos consideraban esos pasos atrevidos en una declaración titulada. *El Control de armamento convencional: el camino a seguir* y en el que se especificaban los objetivos de los aliados: evitar las capacidades para lanzar un ataque sorpresa e impedir una ofensiva a gran escala. O, en términos positivos, garantizar la estabilidad en Europa eliminando las disparidades numéricas existentes. En consonancia, un año más tarde, exactamente el 9 de marzo pasado, la OTAN pusiera sobre la mesa de las recién inauguradas conversaciones

sobre fuerzas convencionales (CFE), de Viena, la propuesta de alcanzar 1) un límite numérico en el área del Atlántico a los Urales (40 mil carros, 33 mil piezas de artillería y 56 vehículos blindados); 2) una paridad cuantitativa entre las alianzas (20 mil carros, 16.500 piezas artilleras y 28 mil blindados); 3) un índice de suficiencia, esto es, que ningún país posea más del 30% del número de piezas señalados por categoría (no más de 12 mil carros, 10 mil piezas de artillería y 16.800 blindados); 4) un límite a las fuerzas desplegadas fuera del suelo nacional (no más de 3.200 carros, 1.700 piezas de artillería, ni más de 6.000 blindados); y 5) un cierto equilibrio regional, distribuyéndose los niveles globales por zonas geográficas.

A pesar de lo razonable y razonado de esta propuesta, la imagen de una OTAN a remolque no se ha conseguido vencer. Tal vez por ello, movido por intereses directos ante la opinión pública, el actual presidente americano haya reaccionado tan sorpresivamente en la cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la Alianza, celebrada en Bruselas los días 29 y 30 de mayo pasado. Bush, queriéndole quitar la primacía a la diplomacia soviética en materia de desarme, anunció su iniciativa de reducir las tropas americanas estacionadas en Europa, como una medida más de cooperación con Moscú. En concreto su propuesta consistía en 1) disminuir en un 20% el nivel de sus hombres en el Viejo Continente (de 305 mil a 275 mil); 2) aceptar las demandas continuadas soviéticas de negociar

junto a los elementos de tierra la aviación y los helicópteros, avanzando una posible reducción de un 15% desde los niveles actuales atlánticos; 3) firmar un acuerdo interino con los soviéticos que formalice estas propuestas; y 4) acelerar el ritmo de la negociación para poder acometer las reducciones entre los próximos 6 meses o un año, de tal forma que pudieran estar completadas en el horizonte de 1992 o, a lo más, en 1993.

La OTAN en pleno ha aplaudido esta iniciativa.

EL DESARME QUE VIENE

Es lícito ilusionarse ante las posibilidades de mantener la seguridad con menores niveles de armas y a un precio más bajo, pero es vano pensar en una Europa desarmada o en un mundo libre de conflictos y del recurso a la amenaza o a la fuerza. Como dice el párrafo 6 del reciente documento OTAN: *Un concepto global para el Control de Armamentos y el desarme*, "el control de armamentos sólo no puede resolver las profundas diferencias políticas entre el Este y el Oeste ni garantizar una paz estable. No obstante, la consecución de los fines de la Alianza requiere avances sustanciales en el control de las armas así como cambios fundamentales en las relaciones políticas".

El control de armamentos es, en teoría, la otra cara de la moneda de la defensa, del esfuerzo defensivo. Sólo su hábil conjunción trae consigo una mayor estabilidad y segu-

ridad, de ahí que a la Alianza le guste hablar de limitación de armas. Sin embargo la gente prefiere escuchar desarme y piensa que cualquier reducción, por el hecho de bajar el nivel de sistemas de armas existentes, es buena en sí mismas. Y esta presión pública se está traduciendo en una presión psicológica en la propia OTAN, porque la sienten los gobiernos que la integran. La oferta de Bush es un buen reflejo de ello: hay que ofrecer recortes cueste lo que cueste y, mejor, si son mayores que los del adversario.

El problema es que con el desarme uno sabe cuándo y dónde comienza, pero no dónde ni cómo va a acabar. Los recortes anunciados estos días seguramente no pondrán en peligro el sistema defensivo de la Alianza aunque, más que previsiblemente, exigirán repensarse la estrategia aliada muy dependiente hasta ahora de las tropas norteamericanas y de las armas nucleares. Desde ahí hasta las unidades acorazadas y la aviación táctica se verán trastocadas y con ellas la forma tradicional de entender la defensa avanzada.

La OTAN no sólo necesita "pasos atrevidos", sino más que nunca ideas atrevidas que sepan conjugar en un nuevo pensamiento los deseos con la realidad. De no ser así, el riesgo está o en la osificación—algo que parece descartarse con los acontecimientos— o en que el atrevimiento se transforme en osadía irresponsable. Y en el terreno militar, nada haya más dañino y peligroso que la irresponsabilidad. ■

Efemérides aeronáuticas

JULIO. El día 24 de este mes del año 1923 tuvo lugar en el aeródromo de Nador, en Marruecos, la ceremonia de imposición de la Medalla Militar —creada tres años antes— a los primeros aviadores que habían ganado esta recompensa.

*En el centro de un rectángulo cuyos lados mayores los constituían los aeroplanos de los Grupos 3º y 4º, en dobles filas y los menores, la tribuna y la escuadrilla de caza **Martinsyde**, el Comandante General de Melilla, general Martínez Anido, impuso solemnemente la preciada condecoración a los capitanes, Luis Moreno Abella, Apolinar Sáenz de Buruaga Polanco, José Carrillo Durán, Rafael Llorente Sola y Mariano Barberán Tros de Ilarduya.*

LARUS BARBATUS